Valiente beneficio
tuvo la Lola,
un *bouquet*, pero alhajas...
ni una tan sola.

Con franqueza: ¿A que no han visto ustedes nada tan alegre y sugestivo como el **Almanaque de La Saeta.** ¿Que no lo han visto? Pues, hombre, cómprenlo ustedes. ¿A qué aguardan?

PIRIPITIPI

SEMANARIO FESTIVO

Redacción y Administración: Provenza, 266, bajos - **Barcelona**

IMPRENTA DE ANTONIO VIRGILI EN COMANDITA — ROSELLÓN, 106

AÑO I • **Núm. 16** • BARCELONA

Piripitipi

SEMANARIO FESTIVO

8 JUN. 1973

BIBLIOTECA SECCION

Las dos esperan contrata... para lo que salga

Precio: 5 cents.

Las Inverosímiles

QUERIDOS lectores: Hoy puedo ofrecerles una novedad artística en esta sección, y me apresuro á ponerla en su conocimiento.

Se trata de las hermanas *Inverosímiles*, que han debutado con asombroso éxito en un teatro de Londres.

Las dos son bellísimas y las dos exhiben sus bien modeladas formas bajo fina y ajustada malla de seda.

Hasta aquí nada encontrarán ustedes de particular.

Su especialidad está en el trabajo.

Primeramente cantan desde el escenario los más sugestivos é intencionados *couplets*, que sirven de poderoso aperitivo al más caduco vejestorio.

Antes de seguir adelante, debo advertir que el salón de espectáculos está convertido en un inmenso comedor.

Cada persona, caballero ó señora, tendrá junto á la suya una localidad sin ocupar, con su correspondiente cubierto.

De modo que alrededor de la mesa no se verán dos personas juntas.

Después de los *couplets*, empieza el festín, amenizado por la orquesta, y cuando el *champagne* llena las copas de espuma y los cerebros de exaltadas ideas, álzase de nuevo la cortina y aparecen las hermanas *Inverosímiles*, con malla negra y amplia capa de tul.

El alumbrado del teatro cambia de color, ocho arpas ejecutan una danza *suigeneris*, y las artistas van quedándose sin ropa lentamente al compás de la danza.

Los espectadores quedan completamente locos y sugestionados, admirando aquellas prodigiosas formas; y en este momento, al que podemos llamar crítico sin temor de ir más allá, en este momento, repito, cambia otra vez de color el alumbrado y por medio de una maravillosa combinación de espejos, electricidad y acetileno, desaparecen del escenario las hermosas *Inverosímiles*, multiplicándose en la sala y ocupando las localidades vacantes junto al atortolado público.

Creo inútil tratar de explicar el emocionante efecto que presentará la mesa. Fórjenselo ustedes á su placer y de ese modo quedará mejor servida la fantástica descripción.

Las artistas se mueven con naturalidad y desembarazo, beben, comen, acarician, ríen y cantan.

¡Oh! Aseguro á ustedes que no se ha conocido un espectáculo como éste.

Señoras y caballeros quedan aletargados junto á sus bellas compañeras, y en un momento unas y otros sueñan lo más delicioso y experimentan placeres jamás sentidos.

Abrazan, besan y perciben el aroma enloquecedor de las artistas.

Aquí cambia otra vez de color el alumbrado y una menuda lluvia de esencia, despierta á los emocionados espectadores, trasladándolos de repente al mundo real.

Las señoras miran ruborizadas á uno y otro lado, creyendo haber sido sorprendidas en íntimas escenas, mientras los caballeros buscan inútilmente los *objetos* que fueron causa de su especial estado.

Las hermanas *Inverosímiles* han desaparecido; pero cada sillón que ellas ocuparon presenta una linda tarjetita verde con una nota que dice así, traducida directamente al castellano:

«La primera parte del espectáculo ha terminado, ó sea *El sueño de lo real.*

»Aquella persona que quiera conocer la segunda parte, ó sea *La realidad del sueño,* puede pasar á contaduría, donde se admiten encargos.»

Debajo de estos párrafos aparecen estampados los nombres de las artistas y las señas de su domicilio.

Y aquí terminan mis noticias referentes á la primera parte.

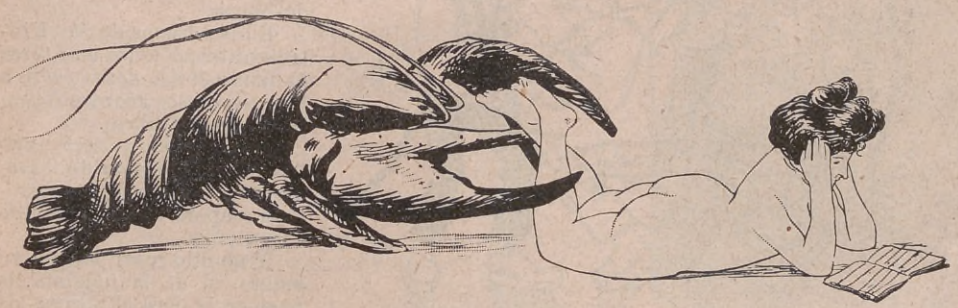
De la segunda no sé nada, porque el amigo que me dió estos detalles le pareció excesivo el precio de... la localidad.

Además, le exigían que se abonara por treinta funciones.

Y á los cincuenta años de mi amigo, no se pueden tomar ciertos abonos.

PIRIPITIPI

Imitación de "Marina"



No leas en la playa, junto á la orilla,
que hay anfibios que muerden la pantorrilla.

Cuento chino

KAPUCHÍN Kakatika, tenía una esposa guapa, pero como él era feo y llevaba la coleta postiza, Chorizika, que así se llamaba la china, se dejó cortejar por un chino joven y no mal parecido.

¡Oh! Cuando una china se empeña en poner... en mal lugar al chino que le dió sus manos en los altares de su más grande dios, crean mis queridos lectores que se sale con la suya.

Y hacen las cosas de un modo, que si ustedes se fijan un poco, verán que tienen muchos puntos de contacto con lo que se suele hacer en Europa y hasta en el pueblo menos importante de España.

Pero sigamos con nuestro cuento, que ya tendrá lugar de enterarse el curioso lector.

Kapuchín comenzó á sentir en el estómago la picadura de los celos, cuando un amigo suyo, fabricante de hojalata, le dijo confidencialmente:

—Chorizika te la pega, con un Caballero de la Orden del Pavo Real.

—Mataré á ella y al pavo, —gruñó el chino.

Y decidió poner á su esposa en observación.

No tardó el pobre Kapuchín en ver demostrada su deshonra.

En la verbena de San Kintiniko atrapó á los adúlteros bailando el *dúo de los patos*, á los melodiosos acordes de un piano de manubrio.

—Mi venganza será terrible,—bramó el marido, blandiendo un descomunal garrote al amparo de una higuera corpulenta.

Y no dijo más, porque su amigo, el de la hojalata, le puso en la boca el pitorro de una bota de vino viejo.

—Esto es para que te fortalezcas,—le dijo, mientras apretaba el pellejo para que soltara más líquido.

Y bebiendo y pensando en la venganza, tomaron la papalina más indecente ó más... china que ustedes pueden figurarse.

Una vez con los ánimos exaltados, dieron vivas á don Karlos, y tal escándalo promovieron en la vía pública que fueron recogidos por dos municipales empenachados, yendo á dormir la mona al Gobierno de las campanillas.

. . . . . .

La esposa infiel y el tuno de la Orden del Pavo, se aprovecharon de la borrachera de Kapuchín, y se trasladaron en una amplia mecedora con ruedas á su kinta de Marketeria, sita en la orilla de un lago quieto.

¡Qué suerte tienen algunos chinos!

Allí transcurrieron algunas horas de infinita delicia y amor infinito, hasta que á eso de las tres de la madrugada, fueron sacados de su arrobamiento por un gran ruido de cascabeles y campanillas.

—¿Qué escándalo es este, chino mío?—preguntó Choririka, incorporándose.

—El despertador de alarma, que me avisa de algo gordo.

En este momento se oyó crujir la escalera de bambú, y la casa tembló toda.

—¡Ah, sinvergüenzas!—dijo una voz ronca desde el piso bajo.

—¡Mi esposo!—gritó Chorizika.

—¡Kapuchín!—murmuró el amante.

La situación no podía ser más crítica ni más comprometida.

El chino ofendido tenía muy malas pulgas, y esto lo sabían los burladores de su honra.

—¿Qué hacemos?—preguntó Chorizika.

—Escapar,—dijo el morral del amante.

La casa seguía dando fuertes sacudidas á fuerza de las patadas de Kapuchín en la escalera.

—Pues al lago,—gritó la china.

—¡Al lago!—siguió su amigo.

—Vamos al lago,—vociferó el esposo, entrando en la habitación.

Y uno tras otro se arrojaron por el balcón del último piso, alumbrando la escena la plateada luna.

Los tres chinos cayeron al agua, y como el marido, que era el más irritado, sufrió el gran remojón, se quedó tan fresco y perdonó á los culpables una vez en la orilla.

Después se supo que el lago estaba sagrado.

Desde entonces, á la kinta del suceso, es donde acuden las chinas casadas cuando se la quieren pegar á sus maridos.

Se acabó el miedo.

Un agua que no ahoga y refresca al esposo, no se encuentra tan fácilmente.

Ya sé que dirán algunas de mis lectoras para su capote:

—¡Ay! ¡Quién tuviera por aquí una kinta de... esas, con su correspondiente lago sagrado!

JOAQUÍN ARQUES

Viendo esta cara llena de expresión y espanto, pueden ustedes figurarse muchas cosas.

Por ejemplo:

Que está viendo á su marido y á su amante cosiéndose á puñalada limpia en medio del campo del honor.

Que presencia aterrorizada la ejecución de un tío suyo por parte de madre.

Que su palacio ducal se está quemando sin que los bomberos lleguen á prestar su auxilio.

Estas cosas y otras peores pueden ustedes figurarse al ver esta cara *llena de expresión y espanto.*

Pero no es nada de eso.

Lo que hace es taparse los oídos para no oir lo que dicen del Gobierno.

Contra los celos

Los celos de don Pantaleón, eran cada día mayores, pues la bella amiga á quien dedicaba su amor y su bolsillo, le hacía traición.

Pero no tenía pruebas.

—¿Te cansa ya mi cariño, Feliciana?—le dijo un día.

—No me hables de eso,—contestó la aludida desdeñosamente.

—¡Oh! Ya lo veo. No me amas; quizá otro con menos años que yo habrá cautivado tu corazón.

—Estás loco.

—Estoy muy cuerdo. Me consta que á cada momento están entrando en esta casa personas desconocidas cuyos nombres me ocultas...

—Pero...

—No hay pero que valga Lo sé todo y voy á tomar una resolución enérgica. Y sino, ¿á qué viene esa continua inquietud que te domina?

Feliciana fué á contestar, pero se contuvo.

Cualquiera se atrevía á decir al viejo que á pesar del dinero que le derrochaba estaba cargada de deudas y abrumada por los acreedores.

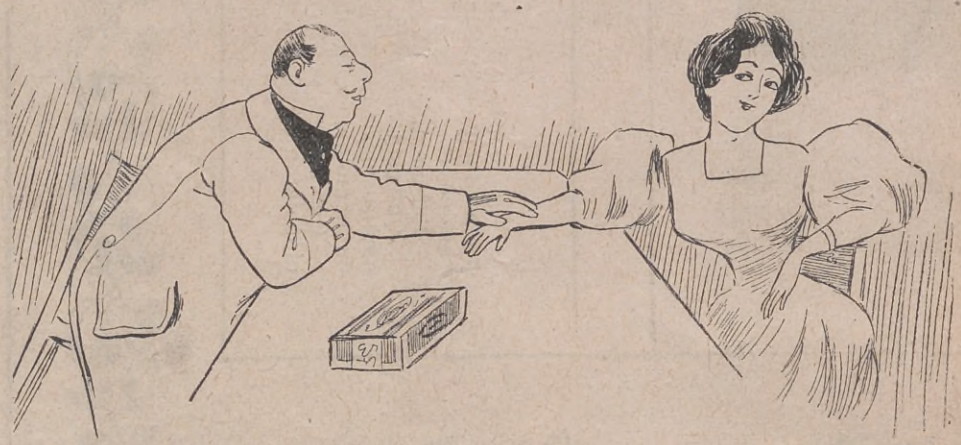
—¿Lo ves? No tienes palabras para defenderte. ¡Infame! ¡Que mal me pagas!—siguió don Pantaleón.

—Te digo qne los celos te tienen obcecado.

—¿Sí? Pues pruébame lo contrario y harás de mí el más feliz de los mortales.

—¿Y cómo?

—Muy sencillo; dime quiénes son los que te visitan cuando yo no estoy en casa.



Feliciana reflexionó un momento y exclamó resolviéndose:

—¿Quieres conocerlos?

—No deseo otra cosa.

—Pues bien; mañana á las diez los citaré aquí y tu mismo los recibirás.

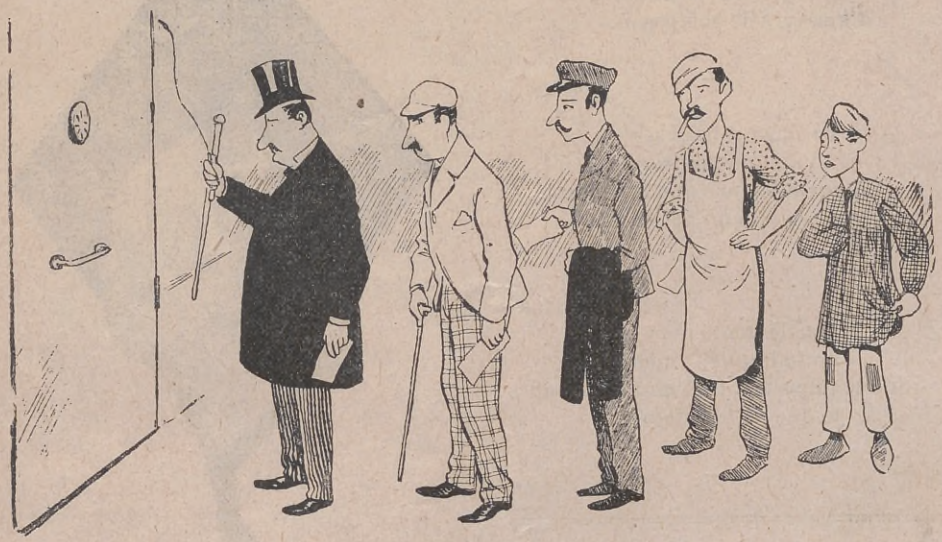
Don Pantaleón apretó cariñosamente la mano de su amada y se despidió para el día siguiente, llena el alma de loca ansiedad.

Y no dormió en toda la noche pensando en la entrevista que horas después había de sostener con aquellos perillanes.

No se hizo esperar don Pantaleón, ni los *socios* á quienes había avisado Feliciana con

la doncella. A las diez en punto de la mañana y cuando el vejete estaba más impaciente, tiraron el cordón de la campanilla.

Momentos después se presentaban ante el atribulado amante, el casero con un paque-



te de recibos, el carpintero, el zapatero, el vinatero y el chico de una tienda de ultramarinos, provistos de sus respectivas cuentas.

Don Pantaleón abrió desmesuradamente los ojos y la cartera, pagando las deudas de su amiga íntima. Esta lanzó una carcajada cuando estuvieron solos.

—¿Qué me dices de tus celos, mono?—exclamó abrazando al viejo.

—Que me los has quitado; por más que la receta me ha resultado cara. MORÓN

—Están verdes

Llovizna

Si es que cifras tu ambición
en el lujo y en las galas,
digna eres de compasión.

—

Barómetro muy seguro
es tu amor de mi riqueza,
pues sube más que la espuma
cuando está mi bolsa llena.

—

Que la gente diga
no te inquiete, cielo;
¿qué te importa á ti el mundo, si sabes
lo que yo te quiero?

—

Para poder apreciar
lo que vale una mujer,
hay que mirarla vestida
como á ésta la pueden ver.

No salgas á la calle
cuando haga viento,
si enseñarme no quieres
lo que te veo.

El lenguaje de mi llanto
no lo entiendes tú, traidora:
es lenguaje que no entienden
los corazones de roca.

—

Cuando voy á tu reja
feliz y alegre,
tres luceros diviso
de luz celeste.
Y son, gitana,
tus ojos y el lucero
de la mañana.

—

Mientras me duran los cuartos
me dura tu cariñito
y el de los amigos falsos.

ABELARDO DELGADO

Las patitas de las arañas no enredan tanto como las ágiles piernas de una bailarina de mérito, como ésta que tienen ustedes delante.

Pero, ¿á que se dejan ustedes enredar con gusto? ¡Guasones!...